

E. MIRET MAGDA LENA

"Muchos hombres se asfixian en nuestra sociedad", acaba de decir el obispo de Estrasburgo, monseñor Elchinger.

"La protesta de los 'hippies' y la rebelión de muchos proletarios, así como la crisis de autoridad que se nota en muchos empleados y estudiantes, son testimonio de esta asfixia social", sigue diciendo este obispo.

La juventud, a quien la mayoría de los maduros no hace caso, es quien principalmente nos está dando un mensaje que no escuchamos. Yo, sin embargo, tengo constantemente experiencias positivas de este mensaje, aunque su lenguaje esté a veces distorsionado. Acabo de terminar dos cursos, principalmente dirigidos a jóvenes, sobre el tema que debía preocuparnos mucho más a los adultos: "Necesidad y perspectivas de una nueva moral". No sé lo que la gente joven que ha seguido mis cursos habrá aprendido, pero sí se lo mucho que yo he captado del mensaje que quieren transmitirnos un poco desmañadamente. Igual podría decir del ciclo de conferencias que, sobre "dinámica de la fe y responsabilidad con el mundo", he dado en Madrid.

Entiendo que, a pesar del desánimo, escepticismo y sentido de frustración que hemos inducido en gran parte de nuestra juventud, son ellos los únicos que han de crear el futuro; y quienes tienen todavía, como un rescoldo fácil de reavivar, el anhelo de ser "los voluntarios de lo esencial", como afirma con lapidaria frase el obispo francés que antes cito. Y la misión de los adultos es dar mayores posibilidades a esa voluntad básica de absoluto que todavía perdura, más o menos oculta, en gran parte de la juventud.

Si básicamente la fe es esa dinámica vital humana de que he hablado en otros artículos, esa dinámica no puede estar encerrada en las cuatro paredes de nuestra alma, ni en los momentos evasivistas de las divagaciones íntimas con uno mismo. El hombre necesita expresarse; y cuando pide libertad, no hace sino obedecer a una instancia básica de su propia constitución, a algo que si fuese matado le impediría ser hombre.

Por tanto, el cristianismo no puede cerrarse entre los muros de un templo, o expresarse en los ejercicios ascéticos de un monje. Tiene que expresarse y vivir

al aire libre, pero no con pancartas y estandartes religiosos, sino con acciones humanas de cara a la sociedad del porvenir, porque "se está preparando un mundo de campo de concentración, en el que en lugar de ser dueños de nuestras máquinas, nos convertimos en sus esclavos" (monseñor Elchinger). En vez de ser la técnica moderna un factor de liberación humana, está resultando, en las hábiles manos de los privilegiados, un factor de dorada y engañosa alienación.

El cristianismo debía ayudar a los hombres a esta lucha por una sociedad más humana y convincente, pero casi nunca

LA ASFIXIA DE NUESTRA SOCIEDAD

hace algo decisivo por ello. Cosa que me sugería el profundo y extenso libro del teólogo español Olegario González de Cardedal, que lleva el curioso título de "Elogio de la Encina".

Lo primero que dice este teólogo es que los cristianos tenemos que recuperar el sentido del cristianismo hoy, y la base para ello no son las académicas elucubraciones ni los angustiosos oportunismos, sino acudir sinceramente "al hecho vivo, Jesús de Nazaret". Porque esta apelación vital nos hará comprender el cristianismo "como la forma suprema de humanidad". Y si "el cristianismo deja de comprenderse así, deberá ser considerado como una peripecia intelectual o ética absolutamente irrelevante para hombres serios".

Es meritorio este libro de profunda reflexión, que está plagado de meditaciones concretas sobre la vida española y nuestros problemas españoles, lo mismo eclesiológicos que profanos, sin por eso apartarse de la intención religiosa fundamental del libro, y sin caer en esta neurosis que vive el catolicismo en nuestra Patria, de la cual habría que olvidarse "superando esa neurótica asfixia en que actualmente vivimos con programas de

reformas y contrarreformas, con angustia de progresismos acomplejados y de integristas infantiles". Y no podemos pretender salir de ella con recetas ingenuas, como la recomendada en el programa televisivo "El octavo día". "Recomendar sin más en nuestros días los catecismos de Astete y de Ripalda... es o una grave carencia de sensibilidad para cuanto de nuevo está aconteciendo en la historia contemporánea o un grave desprecio de los condicionamientos subjetivos..., desde los cuales cristaliza la fe".

Todos los aparentes extremos católicos existentes, en mi opinión carecen de suficiente radicalidad, porque no van a la raíz de los problemas, querían conseguir para la Iglesia unos esquemas humanos dictatoriales o democráticos, según se sea conservador o avanzado, sin ir a la transformación profunda que necesita la Iglesia española. Sus dos características todavía son el continuar siendo "una iglesia clerical" y una "iglesia masiva", en el peor sentido técnico de la palabra "masa". Por esa causa vamos de crisis en crisis, y de disgregación en disgregación, sin abocar a ninguna meta clara y convincente. No nos damos cuenta de que una vez hundida la Acción Católica, "no parece abrirse ninguna puerta al Evangelio en esa línea a nivel colectivo". No sabemos tampoco aceptar que "en España, las instituciones privadas de enseñanza están a punto de desaparecer, y no creo que les quede siquiera un decenio de existencia; decenas de miles de religiosas... quedarán desocupadas". Y, por último, "muchos hombres que antes han vivido en cristianos fieles... han sufrido el trauma de un desvanecimiento de lo cristiano". A todos estos problemas, la Iglesia española no supo responder nada más que con la apelación a un pasado anacrónico o con el silencio. Y en lo que respecta a lo político, sobre todo, habría que hacer desde 1920 "el inventario de sus silencios", allí donde podía haber habido una palabra cristiana eficaz y constructiva con visión de futuro, pero no la hubo.

Si todavía puede haber creyentes, a pesar de muchos obispos y católicos demasado miopes, será porque con su dinámica ayuden a vencer pacífica e inteligentemente la asfixia social de los hombres actuales. Si no, en el mundo y en España se inaugurará una nueva época de general incredulidad.